

NUNCA

El tercer caso del inspector Pruna

Albert Villanueva



Primera edición: septiembre 2025

©Derechos de edición reservados.

Azur Grupo Editorial.
www.azureditorial.com
info@azureditorial.com
Colección: Narrativa

©Albert Villanueva

Edición: Azur Grupo Editorial
Corrección: Carlos C&M
Maquetación: Silvia Martínez Gil
Diseño de portada: Silvia Martínez Gil
Imagen de cubierta: AdobeStock

ISBN: ISBN: 979-13-87657-73-4
DEPÓSITO LEGAL: AL 6251-2025

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida de manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación, en internet o de fotocopia, sin permiso previo del editor o del autor.

Azur Editorial no tiene por qué estar de acuerdo con las opiniones del autor o con el texto de la publicación, recordando siempre que la obra que tiene en sus manos puede ser una novela de ficción o un ensayo en el que el autor haga valoraciones personales y subjetivas.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 917021970/932720447)

IMPRESO EN ESPAÑA - UNIÓN EUROPEA

*A Joan Prunera, gavanense, amigo, mosso d'esquadra
y, sobre todo, buena persona*

*A todos aquellos trabajadores de Roca que pusieron
en la huelga del 76 todas sus esperanzas de cambio*

Todos los lugares que aparecen en esta novela son reales y los puedes encontrar fácilmente paseando por una ciudad pequeña como Gavà. Los bares, restaurantes, calles y plazas por donde se mueven Pruna y los suyos, existen realmente.

Los datos sobre la huelga de Roca que aparecen durante el desarrollo de la trama (delegados, asambleas, manifestaciones, juicios, represalias...) son reales. Todos están ampliamente contrastados y documentados, aunque están recreados con la libertad que da la imaginación.

Pedro, Ezequiel, Manuel, Batiste, Quim y Paco, el grupo de los seis amigos que trabajan en Roca, son personajes inventados.

Así pues, el siguiente relato debe considerarse fruto de la poca o mucha invención del autor. Nunca debería servir para atribuir acciones o conductas concretas a personas reales, actuales o del pasado.

*Mientras el mundo exista, habrá injusticias.
Y si nadie se opusiese y nadie se rebelase,
esas injusticias durarían para siempre.*
Clarence Darrow

*Si te dan un papel pautado,
escribe por detrás.*
Juan Ramón Jiménez

Verano de 1990

—Mamá, yo los mataré a todos.

—No digas eso. Bastante hemos sufrido ya.

—Sí, mamá. Por eso mismo... Por todo lo que hemos sufrido. Por todo lo que te ha tocado sufrir, mamá... Por eso tienen que pagar. Por eso llegará un día en que los mataré. Te juro que me aseguraré de que paguen por todo. Que paguen por cada lágrima que te han hecho derramar.

El sol de aquella calurosa tarde extremeña empezaba a ponerse. Casi dos horas caminando y tu madre seguía fascinándose con la energía de tus trece años. Te decía añorar los tiempos cercanos en los que aún te tomaba de la mano, protegiéndote y protegiéndose. Pero ahora ya eras casi un hombre y confesaba temer el momento en que comenzarás a volar por tu cuenta y se quedara sola. Nuevamente sola.

Una vez atravesado el arroyo Barbón, que bajaba con muy poca agua, y llegar paseando hasta uno de los dólmenes Zafra, el que estaba numerado como dos, aparecieron los restos de la calzada romana que recordaban las tierras donadas por no sabías qué procónsul a los soldados de Viriato.

Los restos neolíticos descansaban protegidos por un bosque de alcornoques y de encinas. La dehesa extremeña en todo su esplendor, velando su presencia y su historia.

—Mira estas enormes losas —te había dicho con tono pausado tu madre—. Han permanecido aquí desde hace cinco mil años. Están aquí para recordarnos nuestro pasado, no para que lo destruyamos... Tenemos que convivir con él, aunque nos haya hecho daño, aunque no nos haya permitido ser felices.

Y allí te había explicado lo que tantas veces había preguntado aquel niño sin infancia. Allí te había hablado de tu padre y de su final. Y del porqué.

Y allí también reconoció sus errores de juventud y los engaños que la empujaron a una vida diferente a la soñada.

Y aquellas vetustas piedras, gastadas por el tiempo y por el olvido, fueron testigo mudo de unas lágrimas amargas que escondían el sufrimiento reprimido desde hacía tanto tiempo.

Te dijo que tú eras un joven con cara de niño, un niño con alma de adulto.

Tú escuchaste en silencio, masticando las palabras y las penas que te golpeaban el corazón.

Y allí conociste el porqué y el cómo. Y grabaste en tu memoria los nombres que ella recordaba de los amigos que no lo fueron tanto. No recordaba el de todos, pero, los que te dijo, no los has olvidado desde aquel día.

Y aquella tarde también creíste entender a tu padre, a tu añorado padre.

Allí creíste conocer un poco más a tu desconocido padre.

Escuchaste en silencio toda la confesión de tu madre, memorizando cada una de las palabras, cada una de las fechas, cada uno de los nombres.

Y no fue hasta que las primeras casas de Valencia de Alcántara aparecieron ante vosotros, cuando aquel niño que acababa de hacerse adulto, volvió a hablar:

—Mamá, yo los mataré a todos.

Tu madre, deteniendo en seco su caminar, te miró con un brillo especial en sus ojos. Creo que percibió claramente la oscuridad que empezaba a aflorar en tu alma. Creo que fue consciente de que algo dentro de ti se estaba quebrando.

—Pero no dejes que el rencor te consuma. La venganza no trae paz hasta que no acaba —te instó, apretando con firmeza tu frágil mano entre las suyas.

Pero tú, con ojos que parecían haber visto ya demasiado para tu corta edad, no pudiste reprimir que tu mirada se endure-

ciera y, en un gesto que parecía demasiado adulto para tus años, te liberaste del agarre de tu madre.

—Lo siento, mamá, pero se lo merecen. Ellos... Ellos no pueden salirse con la suya. Te han desgraciado la vida. Y a mí también. Algún día, llegará la hora de saldar cuentas.

—No soportaría que estropees aún más tu vida. No se merecen esa victoria. Muchos dicen que el perdón es lo único que nos puede curar. Pero yo no lo creo.

Un viento rebelde comenzó a soplar con fuerza, como si fuera un eco de la tormenta que se estaba gestando dentro de ti. En el silencio, interrumpido solo por el sonido de las hojas de los árboles, se selló un pacto oscuro entre tu madre y tú. Un juramento que resonaría a lo largo de los años, guiándote por un sendero lleno de sombras y secretos. La semilla de un asesino había sido plantada, y el destino de aquellos que os habían causado dolor estaba sellado en esa promesa infantil, forjada en el crepúsculo de una lejana tarde de verano.

—Sí, mamá. Los mataré a todos.

1

La mañana despertó fresca y cruda, con el eco de la lluvia golpeando los cristales como una sinfonía sombría. El amanecer apenas iluminaba la habitación recuperada en casa de su madre, dejando que las sombras se aferrasen a cada rincón.

El inspector Pruna se levantó de la cama con la pesadez de quien carga con el peso del mundo. Una carga manifestada no solo en su alma, sino también en un cuerpo masacrado por una terapia larga y despiadada.

La luz mortecina del lavabo reveló su rostro demacrado en el espejo. Allí vio reflejado un espectro de su antiguo yo. Cada parte de su cuerpo parecía tan solo una extensión de la enfermedad que lo consumía.

El espejo no sabía mentir. La piel, lívida, marcada y desgarrada. Aferrada a sus huesos como una mortaja celosa. Las ojeras, profundas, destilaban un cansancio perenne. Sus ojos eran portadores de las noches de insomnio, de los lamentos que habían resonado miles de veces en la oscuridad. Y se intuía la sombra de un pelo que alguna vez fue espeso.

Todo le recordaba la derrota contra las células rebeldes.

El espejo le escupía tan solo una mezcla de resignación y de determinación. Mientras sostenía la mirada perdida en su propio reflejo, recordó las noches en vela, los días de agotamiento extremo y la batalla constante contra el cáncer que se había instalado en su cabeza como un oscuro y cruel intruso.

Los dedos del inspector, torpes y cohibidos, acariciaron la frente como si buscaran, indecisos, el rastro de la batalla librada contra la enfermedad.

Cerró los ojos un momento, en un intento de encontrar la fuerza necesaria en lo más profundo de su ser.

El lavabo se llenó de un silencio denso, opresivo, solo interrumpido por los sonidos de la ciudad que despertaba a su rutina, ajena al tormento del inspector.

Miquel Pruna se obligó a abrir los ojos y a enfrentarse a su reflejo. Se sintió perdido en el abismo de su propio cuerpo mutilado, abrazando la desesperación que lo envolvía como una siniestra manta.

—La guerra aún no ha terminado —susurró con voz ronca. Llevaba apartado de la actividad policial más de ocho meses.

Desde aquel mediodía en el que su mundo se derrumbó, tuvo que cambiar de prioridades como nunca antes lo había hecho. Todo pasó a un segundo plano y se obligó a centrarse en sí mismo.

La enfermedad, como un ladrón sigiloso, acabó robándole la energía, la vitalidad y lo poco que alguna vez fue.

Pero la tarde anterior lo había cambiado todo.

Un resquicio de normalidad pareció asomar entre su sombrío devenir de los últimos meses.

Su imprescindible cabo Molina, su estimado Roc, que, en la distancia y en la proximidad, había sido desde el principio uno de sus soportes, insufló vitalidad en su alma cuando menos lo esperaba.

—Fresno y yo volvemos a Gavà, Miquel —había empezado diciendo—. Parece que tu querida ciudad le está encontrando el gustillo a los asesinatos...

Pruna sintió en ese mismo instante como si una ráfaga de aire fresco y reparador entrara en sus pulmones.

La conversación duró apenas unos minutos. Unos pocos detalles le bastaron para saber que tenía que cortar cuanto antes aquella llamada. Le urgía marcar el número que le podía devolver, por fin, a la vida. A su vida.

—Estás de baja, Pruna.

—No me jodas, Berenguer... Sabes que mi equipo me necesitará.

—No me importa lo que necesita tu equipo... Sé lo que tú necesitas. Y no es otra cosa que tranquilidad.

—¿Crees que ahora tengo tranquilidad, Berenguer? Llevo una sentencia clavada a fuego en mi cuerpo. En mi caso, la tranquilidad es una utopía.

Juan Carlos Berenguer, el intendente de la comisaría de los *Mossos* de Gavà, había parecido dudar por primera vez.

—Déjame estar solo como apoyo. Extraoficialmente, si quieres...

El silencio al otro lado de la línea había insuflado esperanzas a Pruna. Había contenido la respiración, temeroso de que cualquier sobresalto pudiera derribar el mínimo atisbo de ilusión.

—Ávila, Fresno y Molina estarán bajo la coordinación del subinspector Carrasco. Debería hablar con él para saber si le parece oportuno que les echés una mano.

Se había abierto una puerta hacia el optimismo. La negativa ya no era tan rotunda. Pruna no había abierto la boca hasta que el intendente le pidió media hora para hablarlo con Carrasco.

Y cuando Pruna recibió la llamada, su móvil no solo emitió las notas del *Locomotive breath*. Unas vibraciones positivas emanaron del dispositivo y el cuerpo del maltrecho inspector se impregnó de la energía que tanto necesitaba.

Un cadáver había aparecido en Gavà.

Un nuevo caso que, con todos los interrogantes y dudas que conlleva, requería de Pruna.

Y Miquel Pruna, aunque su tumor no estuviera de acuerdo, iba a estar allí.

Navidad de 2021

Tu madre esperó a morirse el día de Navidad. Llevaba dos años muy enferma y varios meses agonizando. Pero había aguantado hasta esa fecha, como si se hubiera empeñado en que su muerte quedara ligada para siempre a una fecha señalada. Como si para un hijo no fuera suficientemente reseñable la pérdida de su progenitora...

Hacia un año que habías pedido el traslado a Valencia de Alcántara para cuidarla. No habías tenido problemas. En aquellos pueblos perdidos de España siempre era posible, solicitándolo con antelación, encontrar una plaza. Y tus jefes habían entendido cuáles eran tus necesidades en aquel momento.

Había sido un año duro. Pendiente en todo momento de un estado que iba empeorando día a día, de una caída imparable e irreversible. El dolor que sentías por aquella vida que se extinguía te abría una puerta por donde se colaba una luz siempre anhelada. Porque aquella promesa que te tatuaste en el recuerdo una tarde de verano de hacía más de treinta años, se acercaba.

Tu madre habló por última vez tres días antes de morir. Después, silencio amargo y lacerante. Pero aquella noche, con un hilo de voz casi imperceptible, pareció leer tus pensamientos.

—Tengo miedo de lo que puedas hacer a partir de este momento —te dijo.

—Déjalo, mamá...

—No, cariño... No puedo dejarlo... Temo que desgracies tu vida.

—¿Más, mamá? Ya nos la desgraciaron ellos.

—Ha transcurrido demasiado tiempo —continuó tras beber con dificultad un sorbo de agua—. ¿De qué te servirá remover el pasado?

Tú, sentado en la cama y con la mano de tu madre entre las tuyas, eras incapaz de enfrentar su mirada.

—No tengas miedo —fueron sus últimas palabras—. Siempre estaré contigo.

Sabías que ahora, aunque solo sirviera para que muriese en paz y tranquila, ya no podías mentirle.

Algo en tu interior despertaba mientras tu madre se apagaba.

Y sabías que era algo imparabile, muchas veces postergado y, ante todo, eternamente deseado.

2

Antes de meterse en la ducha, había buscado entre las canciones de una *playlist* que había ido construyendo junto a su oncóloga. Para su sorpresa, la doctora Isabel Guallar había resultado ser una amante del *rock* y acabó convirtiéndose en una marchante que le proporcionaba canciones positivas con las que encarar los largos meses de travesía.

Y aquella mañana, mientras el agua limpiaba sus miedos, Muse sonaba en su móvil. Con aquel *Feeling Good*, Miquel Pruna quería abrir su alma a la vida. «Pájaros volando alto. Sabes cómo me siento. Sol en el cielo. Sabes cómo me siento. Brisa a la deriva. Sabes cómo me siento. Es un nuevo amanecer. Es un nuevo día. Es una nueva vida para mí. Y me siento bien».

El cosquilleo que sintió en el estómago al cruzar la puerta de comisaría aquel viernes le hizo sentirse mucho más vivo que en los últimos ocho meses. Hasta aquel momento, Pruna se había negado a visitar el que fue, durante duras semanas, el centro de su vida. Las veces en que los compañeros se habían preocupado por él y le habían convencido para charlar un rato, siempre lo habían hecho lejos de aquel edificio. Estaba de baja y necesitaba desprenderse de espacios y situaciones que le recordaran lo que había sido y lo que no sabía si volvería a ser.

Pero esta vez era diferente. Había acabado el tratamiento de quimioterapia y, aunque se sentía débil y desesperanzado, se abría ante él un período de incertezas en el que le sobraría tiempo para pensar.

«Ahora hay que esperar a ver cómo reacciona tu cuerpo», le había dicho su doctora. «Y ver si tu alien, como tú lo llamas, se ha dormido».

Y sabía, conociéndose como se conocía, que lo que no quería era tiempo para pensar. Si lo hacía, lo pasaría mal.

Por eso esta vez era diferente.

Pero, sobre todo, era diferente porque había aparecido un cadáver en Gavà. Y, porque según le había dicho el cabo Molina, empezaba una investigación por asesinato. Y eso era para lo que Miquel Pruna estaba preparado.

Así que atravesar la entrada de la comisaría fue como cerrar, aunque fuera temporalmente, el paréntesis que la maldita enfermedad le había obligado a abrir en su vida. Y, aunque le había costado hacerse a la idea de que debería mantenerse en segundo plano, se sentía feliz muchos meses después.

— ... —

El equipo ya estaba en el despacho cuando él entró. Saludó de manera tímida y fría, como si la tarde anterior hubiera estado allí. No quería interrumpir las palabras del intendente Berenguer, pero las miradas de Fresno, Ávila y Molina fueron un abrazo cálido a su espíritu. El que imaginó que era Carrasco, la única persona de la sala a quien no conocía, le ofreció una mirada mucho más distante.

—Quiero que una cosa quede clara —recalcó el intendente antes de abandonar el despacho—. Pruna está aquí como apoyo de manera extraoficial. No quiero problemas. El subinspector Carrasco es el responsable máximo de la investigación.

Nunca había coincidido con el subinspector en la ACIPER, el Área Central de Investigación-Personas, donde, aunque en divisiones diferentes, ambos trabajaban. Por lo que le habían comentado, Carrasco había desarrollado toda su labor en la División de Policía Científica. Por eso le costaba entender que estuviera

allí, en la comisaría de Gavà, como representante de la División de Investigación Criminal.

Entendió que lo que le había explicado Molina era cierto: la Comisaría General de Investigación Criminal iba corta de efectivos. Egara, el Complejo Central de los *Mossos d'Esquadra* en Sabadell, un mastodonte de más de ochenta mil metros cuadrados construidos, necesitaba urgentemente más personal.

—Gracias por permitirme estar aquí, Carrasco —fue lo primero que dijo Pruna cuando el intendente ya había marchado.

—Me lo pidió Berenguer —contestó impasible—. No sé si esto es reglamentario... Os dejo durante diez minutos, así podéis saludaros como creo que estáis deseando.

El subinspector no había aún cruzado la puerta cuando sus tres compañeros se abalanzaron hacia Pruna y lo cubrieron con un abrazo múltiple. Molina, Ávila y Fresno lo estrujaron a la vez, en una disputa por ver quién le ofrecía más cariño. Después, uno a uno, le fueron regalando besos y caricias. Miquel, que desde su no-boda había rehuido el contacto humano, había aprendido en los últimos meses a saborear las vitaminas que nos obsequian los abrazos de verdad.

No les dio tiempo a mucho más, puesto que Carrasco volvió exactamente cuando habían transcurrido los diez minutos que les había concedido.

—Ya está aquí «El Guardián del Reloj» —cuchicheó Molina con disimulo, arrancando una sonrisa entre sus compañeros.

—Durante la mañana nos llegarán los resultados de la autopsia —comenzó a hablar sin esperar a que el resto de policías estuviera sentado—, pero todo parece claro.

—¿No podríamos estar ante un caso de suicidio? No sería el primer caso que nos encontramos realizado con una bolsa —preguntó el cabo.

—Si nos han enviado aquí —respondió Carrasco— es porque hay indicios de asesinato... El primero es que la bolsa no estaba cerrada de ninguna manera sobre el cuello del cadáver. Ni cuerda, ni cinta aislante...

—De todas maneras —comentó la sargento Ávila— la asfixia con la bolsa de plástico no es lo que más nos interesa. La nota que hallamos junto al cadáver es lo que nos hace pensar que estamos ante un asesinato.

—¿Qué ponía en la nota? —Pruna se sorprendió preguntando e interviniendo a las primeras de cambio. Un rubor irreprimible cubrió su rostro.

El subinspector Carrasco lo miró con displicencia y sin poder disimular un ligero bufido de desagrado.

—«Nunca» —contestó al final—. Esa era la palabra que estaba escrita en un trozo de papel cuadriculado.

—¿No podría tratarse de una extraña carta de despedida?

—Estamos a la espera del estudio grafológico, pero todo apunta a que la letra no corresponde con la del fallecido.

Pruna masticó el silencio que se apoderó de la sala. Aquel «Nunca» le hacía creer que posiblemente ese no iba a ser el único muerto.

— ... —

Batiste Ballester. Setenta y un años. Metro sesenta y cinco. Nacido en Gavà, de padres valencianos. Viudo. Una sola hija. Habían encontrado el cadáver en el comedor de su casa.

Ávila había sido la encargada de enumerar, sucintamente, los datos que conocían del fallecido y, poco después, los cinco policías salían de comisaría para visitar el lugar donde se halló el cadáver. Había sido su hija la que, en medio de un ataque de histeria, había llamado a comisaría la tarde de dos días antes.

No hacía falta desplazarse en coche, puesto que la casa del finado se encontraba a menos de doscientos metros, en la calle del *Treball*.

Pruna, en silencio, maldijo que el que había sido su barrio, el de *Les Colomeres*, nuevamente quedara ligado a su trabajo. Aunque poco a poco parecía haberse congraciado con su pasado

y con sus recuerdos, temía que la investigación le obligara a escarbar en ellos y que le hicieran daño.

En menos de tres minutos llegaron a la casa del asesinado. Casa, pues en aquel tramo final de la calle, el que va desde la Sant Martí hasta la Avenida Eramprunyà, aún quedaban cinco o seis de las típicas edificaciones de finales de los cincuenta. Aquellas viviendas de una sola planta, construidas, muchas de ellas, por las manos de los inmigrantes que llegaron a Gavà en busca de trabajo. Aquel era un barrio de andaluces, de extremeños, de aragoneses... Gente que abandonó su tierra huyendo del hambre o de la persecución política y en busca de futuro.

La fiebre inmobiliaria de las últimas décadas, aquella que no tuvo memoria ni respeto por lo añejo, había derribado la mayor parte de aquellas casas unifamiliares para dejar paso a edificios de tres plantas. Pero allí quedaban, obstinadas e inquebrantables, tres viviendas juntas que, en tiempos de la burbuja especulativa, seguro que sufrieron presiones de algún constructor sin escrúpulos.

La cinta de señalización que habían dejado colocada, atada a una barandilla que protegía la acera del desnivel de la calle, señalaba en la distancia cuál era la vivienda de Batiste Ballester.

La casa era humilde y su interior parecía haber quedado anclado en los años sesenta. A Pruna le recordó la casa de su madre, donde había vuelto a instalarse desde que Gavà se había empeñado en que no pudiera marcharse. Todas las viviendas modestas de aquellos años tenían una misma estética, hecha no de modas, sino de pocos recursos. Las paredes del comedor, lugar donde se encontró el cadáver, revestidas con un papel tapiz floral de tonos suaves, escondían historias silenciosas de días pasados. La luz se filtraba a través de las cortinas de estampados discretos, tejiendo un juego de sombras que bailaba sobre la mesa de madera maciza.

Una modesta vajilla de platos adornados con motivos clásicos aguardaba pacientemente en una vitrina incapaz de disimular los estragos del paso del tiempo. En las esquinas, unas fotografías enmarcadas de momentos familiares capturados en blanco y negro, eran la única y austera decoración.

—La puerta no estaba forzada —comentó la sargento Ávila.

—Conocía a su asesino. —La voz de Molina sonó tenue junto a la ventana mientras observaba una de las fotografías.

—No tiene por qué ser así —le contradijo el subinspector Carrasco—. El asesino pudo ganarse la confianza de la víctima. Ya sabéis cuántos casos nos encontramos de ancianos engañados por gente que se hace pasar por revisores del gas o de otras cosas.

—¿Vivía solo? —Pruna había permanecido en silencio hasta entonces, examinando la estancia con las manos en los bolsillos.

—Sí —habló Ávila—. Según su hija, estaba muy bien físicamente y no cedió a los intentos de que se fuera a vivir con ella cuando se quedó viudo hace dos años.

Carrasco explicó que, aparte de la nota, no habían encontrado nada más en la escena. La científica no había encontrado huellas que no fueran de la familia y el análisis de la bolsa de plástico con la que lo encontraron tampoco había dado resultados.

—Ningún vecino oyó o vio nada raro —continuó la sargento—. Todo debió suceder a primeras horas de la mañana. Su hija lo encontró a las doce del mediodía. Entró con su llave y lo halló tirado en el sofá. Aún tenía la bolsa cubriéndole la cabeza.

Solo cabía esperar el análisis grafológico de la nota y la autopsia, pero Pruna estaba seguro de que poca información iban a ofrecer. Aquel asesinato no había sido fruto de la improvisación o de un momento de enajenación. Estaba claro que el crimen, de una u otra manera, había sido planificado.

Y eso ya era un problema en sí mismo.

Pero la nota encontrada al lado del cadáver, con aquel «Nunca» escrito a mano, solo podía indicar que no iba a ser el único.

Miquel Pruna parecía saber que otras muertes vendrían tras aquel «Nunca».

— ... —

De regreso a comisaría, el subinspector Carrasco sujetó del brazo a Pruna mientras el resto cruzaba la puerta de entrada. El inspector tuvo la sensación de que aquella era la primera vez que le miraba directamente a los ojos.

—No quiero que tengas una impresión equivocada de mí, Pruna —empezó a hablar—. Siento lo que te ha pasado. Yo no tendría que estar aquí... Pero me han enviado y me han puesto al mando. Agradeceré tus consejos y tus apreciaciones, pero no te olvides de que yo soy el responsable. Y, sobre todo, te pido que no me desautorices.

—No tienes que preocuparte, Carrasco. Sé cuál es mi posición.

—Perfecto. Así no habrá problemas.

Pruna entendió como un gesto de confianza que el subinspector le palmeara el hombro antes de atravesar la entrada de comisaría, aunque, tras unos pocos pasos, se giró y le dijo:

—Por cierto, Pruna... Tú conoces a la forense, ¿no? Llámala para que te comente si ha descubierto algo concluyente en la autopsia. Hay que encontrar algún hilo de donde estirar...

No había hablado con Paula Miravet, la jefa del Servicio de Patología Forense, en los últimos meses. Desde que dieron carpetazo al caso de los Garriga, quienes habían sembrado de muerte los enclaves históricos de la ciudad, no habían vuelto a comunicarse. Tal vez, ni supiera todo lo que había pasado Pruna en ese tiempo. Y eso le producía cierta angustia, porque lo que menos deseaba en aquel momento era hablar de sus miedos y tormentas.

Por suerte para él, la doctora Miravet se encargó de eliminar esa inquietud en la primera frase de la conversación.

—¡Qué bueno oír tu voz, Miquel! Sé que ya estás mejor. He seguido tu evolución.

La sorpresa hizo que el inspector enmudeciera durante unos largos segundos.

—No te extrañes —rompió el silencio la doctora—. Yo también tengo mis contactos...

Pruna se sintió acariciado por aquellas palabras. Él, siempre arisco y esquivo ante el calor humano, notaba últimamente cuánto empezaban a importarle a su alma los arrumacos afectivos. Pero con un simple «gracias» desvió la conversación hacia las conclusiones de la autopsia.

—Te puedo confirmar que la muerte se produjo por una SPB —comenzó la explicación—, sofocación por bolsa. Las muertes asfícticas derivan de una insuficiencia celular para recibir o utilizar el oxígeno. Dentro de este tipo de muertes, la SPB supone el impedimento del oxígeno para alcanzar la sangre.

»La bolsa era de plástico, por tanto, no transpirable. Descartamos que estuviera ajustada al cuello, puesto que hubieran quedado marcas en la piel.

»El cadáver mostraba una intensa coloración azulada en los labios, había hemorragia conjuntival en los ojos y una ligera protrusión lingual.

—¿Qué significa eso?

—La protrusión ocurre cuando la lengua empuja contra los dientes, o entre ellos. Es característico en casos de ahorcaduras o estrangulamientos.

Pruna tomaba algunas notas mientras escuchaba a la doctora. Los resultados parecían esclarecedores.

—Hay algo más, Miquel —volvió a hablar la forense—. Las marcas en la cara y en la espalda dejan claro que quien cometió el crimen apretó la cara de la víctima sobre una superficie relativamente esponjosa y que le puso la rodilla encima para inmovilizarlo.

—¿Podría ser el sofá donde lo encontraron?

—Sí. Es razonable.

—Dime algo del asesino, Paula...

—Es grande y fuerte. Un metro ochenta como mínimo. La víctima fue un pelele en sus manos.

Batiste Ballester

Para alguna cosa te tenía que servir tu trabajo.

Él fue al primero que encontraste y no pudiste reprimir el impulso de iniciar cuanto antes tu cometido.

Tienes que reconocer que te ha podido el ansia, emborrachado por la codicia de empezar una misión tanto tiempo pospuesta y siempre deseada.

Tal vez sería más rápido, eficaz y seguro ubicarlos primero a todos y después planificar un plan sin prisas. Pero eso es lo que tienes: prisa... Urgencia por conocer su sorpresa, por ver sus ojos cargados de desconcierto y miedo. Impaciencia por saber lo que se siente haciéndoles pagar todo el dolor que os causaron.

Has aprovechado una semana de vacaciones para venir hasta aquí, hasta la ciudad donde empezó todo. La ciudad que os hizo huir para no tener que enfrentaros cada día al dolor de la memoria. La ciudad de la que solo recordabas lo que te enseñaban los ojos de tu madre. Unas calles predestinadas a ofrecer un futuro a tus padres y que acabaron cercenando su porvenir y el tuyo.

El primer día llamaste a su casa al poco rato de verlo entrar. Te habías pasado buena parte de la mañana vigilando aquella calle desierta. Una vez los niños salieron hacia la escuela y los adultos a sus trabajos, el barrio quedó solitario, como si las casas hubieran sido condenadas a un abandono lastimoso e imprudente.

Te tomaste un café en el único bar abierto en aquella barriada que parecía deshabitada y paseaste arriba y abajo por las aceras vacías. No te planteaste esconderte ni disimular. ¿De

quién ibas a hacerlo? Las persianas bajadas marcaban el freno para los curiosos y mostraban el desamparo de las casas huérfanas de vida.

Cuando le viste llegar, arrastrando los pies, mucho más viejo de lo que indicaba su edad, el corazón te dio un vuelco.

¡Por fin se ponía en marcha la maquinaria!

Dejaste pasar diez minutos antes de pulsar el timbre. Un ligero temblor en tus manos te hizo esconderlas en los bolsillos del pantalón. Respiraste hondo un par de veces antes de escuchar cómo se abría la cerradura y la cara de asombro de aquel hombre se mostraba ante ti.

—¿Qué quiere?

—¿Es usted el señor Ballester, no es cierto?

—El mismo. ¿Quién pregunta por mí?

—Deje que me presente —dijiste con la mejor de tus sonrisas dibujada en la cara—. Soy historiador y estamos preparando un libro sobre la huelga de la Roca.

Sus ojos se entrecerraron y de su rostro escapó una mezcla de sorpresa, ilusión y amargura.

Le diste tiempo a que asimilara los recuerdos que estabas seguro habían empezado a golpear su mente. Su mirada se perdía por encima de tus hombros, en un intento de huir de algo que, si no andabas equivocado, le hacía daño. Aunque el pobre desgraciado no podía sospechar que el verdadero daño se lo producirías tú una vez te ganaras su confianza.

—Sé que usted participó activamente en aquella huelga —le dijiste al fin.

—De aquello hace mucho tiempo —musitó—. Ya casi no recuerdo aquellos días.

—Hay cosas que no se olvidan, señor Ballester. Y otras que merecen nuestro esfuerzo para ser recordadas y que la gente conozca la verdad. La verdad siempre está en el pasado.

Te miró con cara de extrañeza, esforzándose por entender tus palabras, pero no tardó en hacerte pasar.

La casa estaba a oscuras y él hizo poco por remediarlo. Apenas subió la persiana del comedor unos dedos, como si la ausencia de luz le protegiera de los fantasmas del pasado. Te hizo sentar en el sofá y fue hasta la cocina para buscar unos vasos de agua.

—No fue fácil aquella época —empezó a hablar nada más sentarse junto a ti—. Pasaron muchas cosas... Buenas y malas...

—Todos los pasados guardan amarguras y alegrías —le contestaste—. En algunos, gana el desengaño...

—Éramos jóvenes. Y a la juventud la mueve la inconsciencia... Pero creíamos en lo que hacíamos... Aunque la ingenuidad nos hacía creer que podíamos cambiar la España de aquella época. Aún no habíamos aprendido que hay cosas contra las que es imposible luchar.

Tuviste que escucharle durante un buen rato todas las justificaciones laborales y sociales que condujeron a una de las primeras huelgas de la democracia. Si realmente hubieras sido historiador, hubiese sido interesante entender las razones que llevaron a toda aquella gente a estar noventa y seis días llenando las calles de reivindicaciones. Pero tu objetivo no era ese. Así que cuando pudiste, cortaste el torrente evocador que parecía haberse desbocado en la memoria de aquel hombre al que pensabas matar.

—Conozco la historia —le dijiste—. Me he estado documentando sobre aquella huelga y conozco la mayoría de los detalles. Si le parece, otro día puedo venir con una grabadora y así podría registrar algunos de sus recuerdos... Pero lo que más me interesa es el material gráfico. ¿Tiene usted fotografías de aquellos días?

—Poca cosa tengo... Entonces no era como ahora, que la gente se hace miles de fotos con el móvil. En aquella época no todo el mundo tenía cámara. Mi álbum de toda una vida lo llenaría hoy un joven en un fin de semana...

Se levantó con dificultad y desapareció por el pasillo en penumbra. Le oíste trastear en una habitación y volvió al cabo

de unos minutos con un álbum de un granate desgastado. Subió la persiana solo un palmo más, lo que debía creer suficiente para poder contemplar aquellos recuerdos.

—Este es —habló cuando volvió a sentarse a tu lado—. Aquí guardo todo lo de aquel período: fotos, recortes de prensa y algunas octavillas...

Tú estabas nervioso por encontrar allí lo que buscabas. Necesitabas añadir a los dos nombres de tu lista el resto de culpables. Ballester sería el primero en morir, pero antes tenía que conducirte a todos los demás.

Tuviste que soportar las explicaciones que te hacía de cada una de las fotos. Con gusto le hubieras dicho que no te importaban sus luchas obreras ni sus sueños de cambio, pero sabías que cuanto más le dejaras hablar más abriría su confianza hacia ti.

La primera imagen del álbum era la de un joven ante una pancarta que mostraba el texto «Roca, el poder obrero». A pesar de los años transcurridos, Ballester era claramente reconocible. Únicamente las arrugas y el pelo más cano mostraban el paso inexorable del tiempo. Pero por lo demás, aquel hombre parecía haberse quedado anclado en los años setenta. No solo los rancios muebles de su hogar eran de aquella época, también su manera de vestir parecía no haber evolucionado. El jersey que vestía era muy parecido al de la foto.

Mientras hablaba, de sus ojos parecían escapar tenues destellos de añoranza.

—¡Qué jóvenes éramos! ¡Y qué rápido ha pasado todo!

El resto de las fotografías mostraban escenas de las asambleas y de las manifestaciones y se mezclaban con recortes amarillentos de periódico y octavillas. Restos de sueños desgastados y olvidados.

Y casi al final del álbum supiste que habías encontrado lo que buscabas y tuviste que disimular la euforia que recorrió tu cuerpo. Siete u ocho fotos mostraban siempre las mismas caras: las de cinco jóvenes posando junto a Ballester. Unas veces abra-

zados, otras con el puño en alto, aquellas imágenes mostraban a seis amigos.

El anciano intentó pasar aquellas páginas rápidamente, como si su simple visión fuera una sacudida convulsa y desoladora. Conseguiste detener su mano, tal vez de manera excesivamente violenta.

—¿Quiénes son? —le preguntaste.

Un silencio espeso se apoderó de la estancia mientras Ballester se frotaba la barbilla en un intento de escapar de recuerdos que, presentías, debían ser dolorosos para él.

—¿Quiénes son? —volviste a preguntar—. Aparecen en unas cuantas fotos. ¿Eran amigos suyos?

—Hubo un tiempo en que estuvimos muy unidos —respondió tras alargar unos cuantos segundos el silencio—. Sobre todo, antes y durante aquella huelga. Después todo fue diferente...

—¿Qué pasó?

No pudiste reprimir la pregunta. Tenías que disimular el temblor de tus manos cerrando los puños. Él levantó por primera vez la vista y clavó su mirada en tus ojos.

—Errores de juventud. La poca experiencia en la vida nos hizo que equivocáramos las decisiones. Confundimos lo que era la amistad.

Sus palabras eran crípticas. No querías interrumpir su monólogo, aunque parecía estar hablando para sí mismo.

—Ahora sé que debería haber actuado de otra manera. Por proteger a uno del grupo, acabamos rompiéndolo. Y algo mucho peor.

—¿Qué es lo que pasó?

—No quiero hablar de ello —contestó de manera abrupta—. Ya no hay vuelta atrás. Desgraciadamente...

Temías que tu insistencia acabara rompiendo el débil hilo de confianza que se había creado entre los dos. Solo te atreviste a realizar una pregunta más:

—¿Ha mantenido el contacto con ellos? ¿Sabe cómo podría localizarlos?

—¿Para qué? —preguntó extrañado.

—Quisiera hablar también con ellos. Conocer su opinión y sus recuerdos sobre la huelga nos sería de gran utilidad.

—Solo mantengo contacto con Quimet, que vive aquí en Gavà. Ezequiel y Manolo se marcharon del pueblo. A Paco me lo cruzo de vez en cuando, pero dejamos de tratarnos después de lo que pasó. Y Pedro —dijo señalando una de las fotos— murió.

Una bocanada de bilis quemó tu garganta cuando con la punta de su dedo tocó la imagen de tu padre. Te costó reprimir la furia que nacía en tu interior, pero conseguiste que te diera la dirección de Quim Torrent, el joven que en todas aquellas fotografías aparecía con una poblada barba.

—Si le parece bien, pasado mañana vengo y grabamos unas cuantas preguntas... Pero quería pedirle que me dejara llevarme el álbum para escanear todos estos documentos. El próximo día se lo devuelvo.

No te costó que accediera a tu petición.

Lo que no sabía Batiste Ballester era que dos días después pagaría, por fin, aquel «error de juventud» al que se había referido.

Lo que no sabía Batiste Ballester era que dos días después estaría muerto.